notió. Desde aquel momento, ya no hubo nubes ni en su pensamiento ni en su semblante, que hasta llegó á parecer que no era sensible á la edad.

Ante todo, decidió no decaer y conservar, no obstante la presente exiguidad de recursos, sus costumbres de elegancia y de lujo, aunque tuviese que vivir durante algunos años sobre su capital. La altivez y la política se lo aconsejaban á la vez, puesto que no ignoraba que el mundo es tan duro para con los necesitados como generoso con aquellos que no carecen de nada. Si lo hubiese ignorado, la actitud que en los primeros momentos, despues de la muerte de su padre, adoptó su familia, le habria instruido suficientemente sobre ello. Su tia, la condesa de la Roche Jugan, y su tio, el baron de Tonnelier, le manisestaron en aquellas circunstancias la fria circunspeccion de personas que pueden sospechar tratan á un necesitado. Para mayor seguridad, se habian au sentado de Paris, olvidando decir al jóven que retiro habian elegido para ocultar su dolor; cosa que, por otra parte, habia de saber muy pronto. Mientras que termínaba la liquidacion de la herencia de su padre y organizaba sus proyectos de fortuna y ambicien, experimentó en una hermosa mañana del mes de Agosto viva sorpresa.

Entre sus parientes contaba uno de los propietarios territoriales mas ricos de Francia, el general marques de Campvallon d'Arminges, célebre en el Cuerpo legislativo por sus aterradoras interrupciones. Tenia voz de trueno, y cuando decia con aquella voz de vendaval: "¡Basta! ¡A la órden del dial" temblaban las profundidades del hemiciclo y los porteros saltaban en sus puestos. Por lo demas, era el hombre mejor del mundo, aunque habia matado en duelo á dos semejantes suyos; pero habia tenido sus razones para ello.

Camors le conocía poco, conservando con él el trato que exigian estrictamente el parentesco y la cortesia; veiale en el casino alguna vez; jugaba con él la partida de whist, y á esto quedaba reducido todo. Hacía dos años que el General habia perdido un sobrino que era el heredero directo de su nombre y de sus bienes, y á consecuencia de esto, le asediaba una turba de primos y colaterales, entre los que ocupaban la primera fila la señora de la Roche Jugan y la baronesa Tonnelier. Camors no pensaba de la misma manera, y desde aquella época trataba al General con mayor frialdad.

Asi sué que le causó mucha extrañeza la siguiente carta:

"Mi querido pariente: Vuestras dos tias y sus familias están conmigo en esta casa de campo: si os agradara reuniros con ellas, tendria mucho placer en dar cordial hospitalidad al hijo de un amigo antiguo y compañero de armas. Antes de salir de Paris fuí á vuestra casa, pero no estabais visible. He comprendido vuestro dolor. Habeis experimentado irreparable pérdida, y he tomado mucha parte en vuestro sentimiento.

"Recibid, mi querido pariente, los since-

ros afectos del

"MARQUES DE CAMPVALLON D'ARMINGES.

"Quinta del Campvalloa via del Oeste..

"P. D. ¡Es posible, querido primo, que tenga que hablaros de un asunto interesan-

Esta frase final y la admiracion que la acompañaba, turbaron algo la impasible calma de que el conde de Camors hacia entonces aprendizaje; y no pudo menos de ver brillar bajo el velo de aquella misteriosa BIBLIOTECA ECONOMCA

posdata los ciento veinticinco mil duros de rentas agrarias que formaban la opulenta herencia del General. Recordó que su padre, que habia servido algun tiempo en Africa, estuvo á las órdenes del General en calidad de ayudante de campo, y que hasta le habia prestado un servicio muy importante en cierta circunstancia dificilísima, Mas, por otra parte, comprendia lo ridículo de estos sueños; pero queriendo salir pronto de dudas, partió á la mañana siguiente para la quinta de Campvallon.

Despues de sufrir durante siete ú ocho horas todas las delicias y dulzuras que dá el ferrocarril á los viajeros, el jóven llegó por la tarde á la estacion de***, donde le esperaba un carruaje del General, que en poco tiempo le llevó ante la mole señorial de la quinta de Campvallon, situada en una altura cuyas pendientes estaban cubiertas de magníficos bosques, que descendían magestuosamente a la llanura, por la que se ex-

tendian á lo lejos.

Era la hora de comer; el jóven arregló algo su traje, y entró en seguida en el salón, donde su presencia produjo cierta frialdad en el seno de la familia. En cambio, el general le recibió con efusion; pero como su Imaginacion era harto limitada, no encontró otra cosa que decir al sacudirle la mano hasta rompérsela, sino las mismas palabras de la carta: "¡El hijo de un antiguo amigo! ¡De un compañero de armas!" Estas palabras las acentuó con voz grave y sonora, y con tal energía, que él mismo se impresionó; porque el General se asombraba siempre y casi se sobrecogia por las palabras que salían de su boca, y que parecian revelarle repentinamente la extension de sus ideas y la profundidad de sus sentimientos. Para terminar su retrato, diremos que tenia mediana estatura, pero ancho de hombros y fornido; resoplaba al subir escaleras, y hasta en terreno llano; la cara ancha, y como de un mascaron, recordaba la de las Quimeras que arrojan fuego por las narices; espeso bigote blanco y erizado, ojos pequeñitos y grises, fijos siempre como los de los niños, y al mismo tiempo amenazadores. Desde lejos se dirigia en línea recta, grave, fijo, terrible y con mirada fascinadora, como en un duelo á muerte, y en resumidas cuentas, preguntaba á quien le esperaba que hora era.

Camors conocia esta inocente mania de su pariente y sin embargo, le engañó una vez durante aquel dia. Acababan de comer, y estaba saboreando melancólicamente una taza de café en el hueco de una ventana,

cuando vió al General avanzar hacia él desde el extremo opuesto del salón, con aspecto severo y confidencial, que parecía iniciar una comunicacion importantísima. Recordó la posdata, y creyó iba á recibir inmediatamente la explicac on. Cuando el General llegó a quemarropa, le cogió por un botón, le hizo retroceder hasta la ventana, y mirándole fijamente, cual si quisiese petrificarlo:

-¿Que tomais por la mañana, jóven? - le

preguntó.

Té, General.

-¡Muy bien! Dad vuestras órdenes á

Pedro....como en vuestra casa.

Y girando con precision militar, fué á reunirse con las señoras, dejando á Camors que digiriese como pudiera su decepcion.

Transcurrieron ocho dias, y dos veces volvió el General á tomar á su huésped por objetivo de sus formidables marchas; la primera, despues de acosarle contra la pared, le dijo: "¡Hola, jóven!..." y se marchó. La segunda no le dijo nada, y se marchó lo mismo. Evidentemente el General no recordaba haber escrito en su vida ni la mas pequeña posdata. Camors se resignó; pero al mismo tiempo se preguntó que habia venido á hacer en Campvallon entre su familia, que no le era simpática, y el campo, que de-

testaba. Por fortuna habia en la casa una biblioteca bastante rica en tratados de jurisprudencia, de economía política, de derecho administrativo y de derecho internacional, aprovechándola para reanudar el hilo de los trabajos serios que interrumpió en el período de desaliento, y entregándose á aquellos severos estudios que agradaban á su activa inteligencia y á su sobreexitada ambicion, esperaba tranquilamente á que las conveniencias le permitiesen dejar al antiguo amigo y compañero de armas de su padre.

Por la mañana montaba á caballo, daba una leccion de esgrima á su primo Segismundo, hijo único de la señora de la Roche-Jugan, se encerraba todo el dia en la biblioteca, y'por la noche jugaba con el General, observando con ojos filosóficos la lucha de avaricia trabada en rededor de aquella rica presa.

La señora de la Roch-Jugan habia imaginado una manera muy rara de manifestar su cariño al General, y era persuadirle de que padecía una enfermedad del corazon. À cada momento lo pulsaba con sus suaves manos, y unas veces le tranquilizaba, y otras le infundía saludable terror, á pesar de lo bien que él se defendia.

BIBLIOTECA ECONOMICA

-¡Que diable, querida Condesa!-exclamaba. ¡Dejadme en paz! Convencido estoy de que soy mortal como todo el mundo ¡Caramba! ¿Qué he de hacer? . . . ¡Ah! ¡ya os comprendo! ¡Si, si, os comprendo! ¡Quereis

convertirme!....; Ta, ta, ta!

La Condesa no queria únicamente convertirle, sino tambien casarse con él y enterrarle; fundando principalmente sus esperanzas en su hijo Segismundo. Sabiase que el General deplorata amargamente no tener heredero de su nombre; y para libertarse de este cuidado, bastábale casarse con la señora de la Roche-Jugan' y adoptar su hijo. Sin permitirse jamas ninguna alusion directa á esta combinacion, la Condesa se esforzaba en infundirla en el espíritu del General con la tenaz astucia de mujer, con el avido ardor de madre y la meliflua política de la devota.

Su hermana, la baronesa Tonnelier, deploraba profundamente su desventaja. No era viuda ni tenia hijos; pero tenia dos hijas graciosas, elegantes y mas vivas que la pólvora. Una de ellas, la señora Bacquiéere, estaba casada con un agente de cambio; la otra, señora Van Cuyp, con un jóven holandes establecido en Paris. Ambas comprendian alegremente la vida del matrimo-